

MANIFIESTO XXVII ROSARIO UNIVERSAL

Los designios divinos han querido que este Santo Rosario Universal se rece en el corazón de la Semana Santa. En la inmensa mayoría de lugares, durante el Sábado Santo: el “gran silencio”. Un día en el que, aparentemente, todo parece perdido; en el que el mal da la impresión de haber triunfado frente al Verbo encarnado.

Nuestras sociedades, como explicaba Benedicto XVI, se asemejan a un Sábado Santo permanente. Un mundo que vive bajo el eclipse u ocultamiento de Dios. Un tiempo en el que las ideologías y los tiranos han ocupado el espacio que corresponde al Bien y a Cristo Rey. Nuestra religión sufre un progresivo arrinconamiento frente a fuerzas que, bajo el pretexto de la laicidad, buscan expulsarnos de la vida pública.

La Fe pierde terreno visible. Defender los dogmas se convierte en motivo de burla o de señalamiento. Se pretende reducir la vivencia religiosa a lo estrictamente privado, como si fuera una reliquia incómoda del pasado. Se nos tolera, en el mejor de los casos, confinados en los templos y, quizá, una vez al año, en las calles durante unas procesiones que algunos pretenden convertirlas en puro folclore turístico.

Mientras tanto, avanza la apostasía, la impiedad y el narcisismo. Una cultura que desprecia la vida, que abandona al débil, que normaliza la injusticia y la violencia cuando conviene a sus intereses. Hemos presenciado cómo en España se ha ejecutado sin piedad a una chica de 25 años después de haber sido abandonada y maltratada por todas las instituciones. Vemos cómo se persigue a los cristianos en distintas partes del mundo, cómo se limita el culto bajo excusas interesadas, cómo se pretende silenciar toda voz que recuerde que existe una Verdad que no depende del poder ni de las modas.

Pero no podemos confundirnos. Al igual que el Sábado Santo, este no es un tiempo de derrota. Es un tiempo de espera, de resistencia y de fidelidad. Es el tiempo de quienes permanecen en pie cuando todo parece derrumbarse. Porque después de cada Viernes Santo llega, inevitablemente, el Domingo de Resurrección.

No estamos llamados a rendirnos ni a escondernos. Estamos llamados a perseverar. A sostener la Fe cuando otros la abandonan. A proclamar la Verdad cuando otros la diluyen. A vivir con coherencia cuando el mundo exige concesiones.

El Santo Rosario que hoy se eleva desde muchos rincones del mundo no es un gesto simbólico: es un acto de combate espiritual. Es la respuesta de un pueblo que no acepta vivir como si Dios no existiera.

No nos resignamos al silencio impuesto. No aceptamos la mentira como norma. No renunciamos a nuestra identidad. No abandonamos a Cristo. Por eso, hoy más que nunca, debemos continuar. Continuar rezando, continuar dando testimonio, continuar ocupando nuestro lugar en el mundo sin complejos ni miedo.

Porque la noche no es eterna.

Porque el sepulcro no tiene la última palabra.

Porque el mal no vencerá.

Y porque, aunque el mundo lo olvide, Cristo vive y reina. ¡VIVA CRISTO REY! ¡VIVA LA SANTÍSIMA VIRGEN!